

WAXAITSI UBIJITSIATSI LIWEISI

O de los saberes que se enseñan aprendiendo

Eduard Julian Chaves-Murcia¹

La Orinoquía es un territorio contrastante en cuanto a modos de vida y de relación con la Madre Tierra. Allí, por efectos del ya conocido y complejo entramado histórico que ha marcado a sangre y fuego la violencia en todos los recodos del país, han llegado a coexistir numerosas familias campesinas y comunidades indígenas junto con los señores de la guerra, los terratenientes, los ganaderos y las empresas petroleras que, a diario, se entrelazan, según sus respectivas visiones económico-políticas, con la vastedad de las sabanas y llanuras que componen este territorio.

En medio de dicha inmensidad topográfica y social, mientras transcurría el año 2019, tuve la valiosa oportunidad de conocer, por vez primera, a una de las comunidades que componen el pueblo sikuani. Esta oportunidad se dio gracias a la Universidad Pedagógica Nacional y, en particular, a la gestión de la maestra Consuelo Pabón quien, al abrir un innovador espacio epistémico para las filosofías y *geosofías* originarias de Abya Yala, ha agenciado, desde la Licenciatura en Filosofía, una serie de salidas de campo orientadas al encuentro con este importante pueblo indígena. Fue así como en el municipio de Puerto Gaitán, Meta, a veinte minutos de su casco urbano, tuve contacto con el territorio de los sikuani, más exactamente, con el Resguardo Wakoyo. A partir de entonces, he tenido profundas experiencias pedagógicas y formativas que, hoy, continúan madurando y proliferándose en múltiples sentidos.

Cómo citar este artículo

Chaves-Murcia, E. J. (2024). WAXAITSI UBIJITSIATSI LIWEISI, O de los saberes que se enseñan aprendiendo. *Zegusqua*, (3), 47-53.



¹ Licenciado en Filosofía. Universidad Pedagógica Nacional. lfj_ejchavesm137@pedagogica.edu.co

Plantas maestras, gentes maestras

Como dije, 2019 fue el año en el que tuve mi primer encuentro con el pueblo sikuani; durante dicho momento, se produjo una nueva experiencia que implicó apreciar y dejarse abrigar por una tierra y una colectividad que, hasta entonces, tan solo conocía por el libro *La Mántica de la Palabra* (Agudelo y Sanabria, 2015).² En consecuencia, aquella fue una vivencia educativa que consistió en el sentir-escuchar, de modo que la tierra rojiza de la alta llanura, el canto de las aves y de las cigarras, el correr del viento, el vaivén de los árboles de yopo, marañón y mango, en conjunto con la claridad de sus cielos y el pleno recorrido del sol, ya me precipitaban a sumergirme en una multiplicidad de la vida que, simplemente, es diferente a la de las ciudades de las rugosas cordilleras de los Andes. Así, una vez llegado y abrazado por semejante territorio, intuí que sus habitantes, los sikuani, para este caso en especial, tendrían una insondable suma de saberes por compartirme, y para los que jamás hubiera podido estar preparado.

No fue fácil, ni lo ha sido hasta ahora, suspender por un instante mi configuración cultural y epistémica o, en otras palabras, devenir en, con y hacia las potencias ancestrales de los sikuani, especialmente, porque el *pathos* inherente a sus prácticas, aunque matérico y energético, es sutil y, por ende, fácilmente confundible con las creencias gnoseológicas propias de la occidentalidad: referentes lingüísticos y culturales, axiomas de realidad y experiencias figurativas previas. En un principio todo se tornaba, además de raro, incomprensible, de hecho, fue gracias a la amabilidad de la familia Gaitán Cazulúa, que pude experimentar una dulce hospitalidad que ahuyentaba aquel miedo instintivo de abandonar el viejo y cómodo suelo de donde provengo. Estaba por primera vez en los llanos, al interior de un resguardo, como también viendo y habitando en cuerpo propio una Casa de Pensamiento (*Liweisi Bo*). Pese a contar, para ese momento, con una educación filosófica pertinente para albergar uno que otro propósito claro por el cual pudiera y deseara estar allí, no obstante, la potencia de ese lugar me hacía encoger de hombros, de tal manera que nuevamente surgía esa sensación que de niño se tiene en el primer día de clases.

Sentir y escuchar, esta fue mi primera lección; de este modo, por aquel entonces, junto con mis compañeros de carrera, nos sentíamos abrumados cuando fuimos presentados a los Dioses, cuando nos contaron la historia del origen de los sikuani y de la humanidad, más aún, cuando pusieron en las palmas de nuestras manos el capi, listo para mascar, cuando nos entregaron el siripo para 'sorber' la sagrada planta del yopo y, finalmente, cuando danzamos del mismo modo que lo hicieron los *Tsamanimonae* en tiempos inmemoriales. No fue sino con el pasar de los meses y los años que aquella fuerza confeccionada en la



2 Este es un libro elaborado por Edwin Agudelo y Magnolia Sanabria y que es fruto de una compilación de la palabra, la memoria, así como la cultura oral y material del pueblo sikuani.

esfera de lo sublime, por fin se decantó en un amplísimo e inagotable campo de saberes lo cual, de entrada, demostraba por sí mismo que la educación y la grandeza cultural de los sikvani no podía caber en el aula de una escuela ni tampoco ser comprendida de inmediato por los oídos occidentales.

Dioses y sabedores como la comunidad educadora de la tierra y de la humanidad porvenir

Como fundamento originario de todos los pueblos indígenas, el cuidado y el respeto por la tierra constituye una de las fuerzas sociales y espirituales primordiales para su existencia como pueblos y seres vivientes. En este sentido, los sikvani han sabido preservar intactas sus prácticas ancestrales de cuidado de la tierra y, por lo tanto, los conocimientos que dan vida a su cultura, los cuales han sido construidos a partir de esta longeva relación especializada con su territorio. Lo anterior, se debe a dos factores que aún hoy perviven como cimientos de su educación: la memoria de su historia sociopolítica antes y después de los vejámenes de las violencias occidentales, de las que fueron objeto y a las que han sobrevivido, como también su cosmogonía la cual, a su vez, se practica y se transmite desde su propia lengua.

Estos aspectos profundos, aunque colectivos y comunes, se tejen, principalmente, entre los sabedores y las sabedoras junto con los niños y la juventud de la comunidad, de manera que dichas prácticas y saberes ancestrales no solo están continuamente preservados sino también puestos en constante circulación; aquello permite el mantenimiento de su vigencia y la articulación con contextos presentes y venideros. Asimismo, este tejido presenta y actualiza su hacer social, cultural y espiritual que, durante siglos, ellos han practicado, lo que permite que, tanto el pueblo como las personas que nos hemos acercado a su transcurso histórico, seamos testigos vivos del impacto concreto de sus ritos y ceremonias en sus dimensiones social y chamánica.

En consecuencia, podemos encontrar en esta reícula educativa dada entre mayores y niños, asuntos socioespirituales que deben enseñarse y realizarse con urgencia, tales como el rito del pescado (para apaciguar los *Ainawi*³ que gustan de la sangre de la primera luna), la primera toma de *dopa*, *tsema* y *juipa*⁴ (para integrar al niño a la correspondencia



- 3 *Ainawi* (*Ainawimonae*, en plural) son aquellos elementales que habitan los suelos que no han sido tomados por humanos. Dada esta condición silvestre o salvaje, los *Ainawimonae* nutren y prescriben las fuerzas naturales del territorio, por lo que suelen tomar o apoderarse de diversos flujos, entre ellos, la sangre menstrual, lo que suele desestabilizar la organización de los asentamientos sikvani, como también algunos aspectos de sus prácticas chamánicas (realizar curaciones o navegar por el mundo onírico).
- 4 Traducidos al español, estos términos se refieren al yopo, el tabaco y el capi, respectivamente.

con los dioses), o la puesta en marcha de la iniciación chamánica de algunos chicos (la cual es favorable en la niñez, debido al sopor de las potencias sexuales).

Ahora bien, lo anterior pone de manifiesto que el poder de la cultura sikuani no solo radica, unívocamente, en su memoria histórica y su cosmogonía, pese a que dichos factores, en efecto, sean vitales para su existencia concreta, cósmica y energética. No obstante, se podría acotar un tercer factor que, como ha podido entreverse, deviene imperceptible en medio de los dos factores ya mencionados y que, para efectos del presente escrito, simplemente los nombraré *mediación* y *medicina*. Frente a esto último, es necesario tejer varios puntos aclaratorios. En primer lugar, las prácticas médicas y curativas constituyen el sentido factual y preternatural del pueblo sikuani, pues a través de ellas se ha sabido curar y marchitar la intensidad de la guerra, como también las enfermedades que aquejan a los humanos. Además, estas prácticas ponen de manifiesto la relación material que existe entre sus dioses y el territorio. Por lo tanto, es preciso señalar que, contrario a los imaginarios más comunes, las facultades médicas de los sikuani no son una mera actitud representativa y folclórica, cuya efectividad y capacidad de afección dependa de la sugestión y de las creencias personales de los médicos tradicionales y de quienes son receptores de su obrar.

Segundo, al ser fruto de una profunda conciencia histórica y cósmica, este factor mediador y curativo (chamánico) es, a su vez, la producción de una larga tradición transmitida y heredada que se ha actualizado a lo largo del tiempo, por lo que sus respectivos saberes están en continua revitalización y componen un tejido múltiple y horizontal de poder. En consecuencia, su función es, como se ha podido observar, enfrentar y proponer la resolución de problemas sociales concretos, como también precipitar el tránsito por otras regiones o zonas energéticas de la naturaleza que no son necesaria o estrictamente racionales, pero sí reales.

Tercero, todo lo anterior no se hace manifiesto en el sistema escolar que ha administrado el Estado colombiano desde hace varias décadas sobre su territorio, el cual se ha centrado, como es de esperarse, en sus pilares constitucionales. Y mucho menos aparece en los modelos de educación cristiana que, regular y perseverantemente, las misiones protestantes y católicas procuran imponer y atornillar en los territorios indígenas. Bajo este aspecto, memoria, cosmogonía y medicina han trazado una vía alternativa para su enseñanza y transmisión, que podría entenderse como una educación propia, territorial, abierta, vital y extensa que se desarrolla, por decirlo así, “extracurricular” y comunitariamente. O, mejor sea dicho y enunciado, que se desarrolla en medio de un nicho *social-natural*, *social-naturante*, el cual invoca el poder geográfico de las llanuras, el cielo, el sol y las estrellas en acoplamiento con el cuerpo y las plantas maestras, para gestar un acontecimiento ritual, danzante y cantor, que convoca y vincula las energías del mundo celeste, terrestre y telúrico con las comunidades que conforman todas las criaturas vivas de la naturaleza.

La educación sikuani, ejemplo de apertura de y hacia lo diferencial-múltiple

A raíz de los devastadores efectos que grandes sucesos históricos como el conflicto armado, la ruptura del Acuerdo Final de Paz o la pandemia por el SARS-COV2, han provocado en el suelo y la sociedad civil colombiana, los pueblos indígenas del país han sabido replegarse y envolverse en la profundidad de los desiertos, las serranías, sabanas, valles y selvas. Sin embargo, esto no ha sido sinónimo de su extinción o rendición definitiva, antes bien, ha sido a partir de estos repliegues estratégicos que los pueblos indígenas de Colombia han logrado adelantar y realizar sus luchas políticas y sociales más contundentes. Esto ha transformado su lugar en el contexto territorial, económico, político y cultural del país, pues sus voces han resurgido para que les sean devueltas o reconocidas sus tierras ancestrales, para así poder volver a fortalecer sus comunidades. En los últimos años hemos sido testigos del empoderamiento de grandes pueblos como los Nasa, los Misák, los Emberá, los Kogui y los Cofán, entre muchos otros. Por consiguiente, en medio de estos importantes procesos políticos, es inevitable que, bajo ciertos aspectos, las comunidades indígenas no vayan a estar alerta o que no posean, en cierta medida, un grado de desconfianza frente al resto de la población del país, frente a quienes se les denomina “blancos”, “mestizos” o “colonos” y en donde su interlocutor ocupa su debido lugar.

Lo anterior ha provocado un fenómeno que, al menos para el propósito del presente documento y las facultades del autor, resulta difícil de explicar, empero, trazaré aquí un pequeño esbozo. Crisis tales como la esclavitud (tanto en tiempos de invasión y la colonia como en los tiempos de las caucherías y el narcotráfico), sumada al despojo de tierras, el desplazamiento forzado, la comercialización y decodificación de sus plantas maestras (como ya se ha evidenciado con el yagé y la coca, por ejemplo), y la permanente discriminación racial y cultural que estos pueblos han tenido que padecer (mientras que, por otro lado, su cultura es usurpada por las élites capitalistas de la moda y el arte), han provocado que los pueblos indígenas no estén enteramente dispuestos a acoger personas foráneas dentro de sus comunidades, y mucho menos a enseñarles plenamente sus saberes, pues, en últimas, hay que reconocer que subyace una catastrófica amenaza alrededor de esta clase de ejercicios.

Sin embargo, pese a que el pueblo sikuani ha sido presa de estos agravios, ellos han optado por abrir las puertas de su territorio y enseñar la profundidad de sus saberes, de manera que no solo los miembros de su comunidad son portadores vivos de la historia y conocimiento sikuani, sino también muchas personas de otros lugares de Colombia y el mundo. Ha sido, justamente, por esta cordial cualidad, que la fuerza de los sikuani no solo ha sido capaz de entablar un vasto diálogo intercultural con otros enfoques para comprender la realidad, sino que, principalmente, ha logrado que las gentes que crecimos al

interior del mundo occidental nos pongamos en la posición del *canasto abierto*.⁵ Es decir, que necesariamente nos situemos en condición de aprendices, en el lugar de aquel hijo de la Tierra que, tras ser poseído por el espíritu de la codicia y haber quedado confinado en una amnesia milenaria que lo apartó de la Ley de Origen, definitivamente se cure de su larga enfermedad y entienda, por fin, su papel en la naturaleza: el de hacerse cuidador.

Esto constituye un proceso delicado que exige la mayor atención y acompañamiento, en un sentido plenamente recíproco. En otras palabras, exige una actitud pedagógica dirigida a curar el corazón y la mente de quienes desean aprender cómo recorrer el *Tsamanimonae Petaxunamuto* (el Camino de los Dioses). Por consiguiente, aquí confluye el trabajo mancomunado de las fuerzas del territorio y de su comunidad originaria, el cual, durante los últimos años, ha contado con la sabiduría para afinar y endulzar sus herramientas educativas, medicinales y espirituales. Así pues, el pueblo sikuani se ha especializado en romper y mermar innumerables males de occidente como la visión fascista del trabajo (sufrir para comer), la neurosis (culpabilidad y procrastinación), la depresión (tendencia a la autodestrucción y el suicidio), el estrés (ansiedad e insatisfacción), el rechazo al buen vivir (desprecio del cuerpo y la proliferación de enfermedades mórbidas), entre otros tantos.

De este modo, los sikuani han puesto en favor de la humanidad sus conocimientos sobre las plantas sagradas y los dioses que las guarecen, así como la importancia de que estas no queden separadas de los ciclos de la Tierra y los cielos. Poco a poco, conforme al ritmo de curación (y educación) de cada persona que se acerca a los sikuani, se va aprendiendo la importancia del trabajo propio y comunitario, el uso chamánico del tabaco, la recuperación de la salud mediante el capi y el yopo, la liviandad del pensamiento y el corazón a través de la danza, el redescubrimiento de los Dioses muy por fuera del sentimiento religioso y la intuición teológica y moral, la retoma del sentido de la tierra y de la risa, la recuperación de los vínculos colectivos-afectivos y el respeto por la pluralidad que hay en la profundidad de la vida yendo siempre más allá del bien y del mal.

Epílogo

Me siento infinitamente agradecido de ser partícipe y aprendiz del inmenso acervo de conocimientos, saberes y sabiduría del pueblo sikuani. Sin duda, la labor llevada a cabo por sabedores de dentro y fuera del territorio del Orinoco como Amu Clemente Gaitán, Acue Isabel Cazulúa, Oba Marta Gaitán, Amu-Ato Edwin Agudelo, Ato Leonel Estrada,



5 Para el conjunto de tradiciones y prácticas del pueblo sikuani, el *canasto abierto* es aquella actitud o *tiempo* en el cual es posible guardar y aprender determinados conocimientos que, según el pasar de la historia, o son consumados o son transmitidos. Un ejemplo es el *canasto del jaguar* el cual fue cerrado dado que las prácticas vinculadas a este conocimiento conciernen al *pensar-actuar caníbal*. En este sentido, el canasto que se ha abierto actualmente es el de la revitalización de la medicina sikuani, junto con la posibilidad en enseñarla a otras gentes que no pertenecen estrictamente a este pueblo.

Ato Hermes Gaitán, Ato Elber Gaitán, Ato Daniel Solarte y Ato Mateo Campos, entre muchos otros, ha sido demasiado importante en el amanecer de esta nueva educación. Han transcurrido cuatro años compartiendo con este pueblo, en los cuales concluyo que, pese al diálogo y la correspondencia intercultural, la práctica pedagógica que transcurre en este lugar se define mejor a partir de la actitud de quien estudia y debe aprender constantemente que por aquella de quien se inviste institucionalmente como docente, sin que esto desestime lo que cada persona sepa y tenga por compartir. Además, quisiera recordar y remarcar una enseñanza significativa para mí, que provino de Amu-ato Edwin Agudelo: siendo mestizos, algo, así sea una pequeña parte, guarda relación con nuestros ancestros indígenas, y esta minúscula pieza tiene el poder de acercarnos e integrarnos dignamente a la herencia de los pueblos indígenas de toda Abya Yala.

Referencias

- Agudelo, E y Sanabria, M. (2015). *La Mántica de la palabra*. Universidad Pedagógica Nacional.
- Sabedores y Sabedoras de la Comunidad *Kaliwirnae* del pueblo sikuni (comunicación personal 2019-2023). Puerto Gaitán, Meta, Resguardo Wacoyo.